

CÓMO SUPERAR LAS PENAS DE AMOR CON NEWTON

Juan Carlos Ortega

JUAN CARLOS ORTEGA

CÓMO SUPERAR LAS PENAS DE
AMOR CON NEWTON

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Juan Carlos Ortega Moreno, 2015

© Editorial Planeta, S. A., 2015

Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Ilustraciones del interior: © Juan Carlos Ortega Moreno

Fotografías del interior: Archivo Lara, Popperfoto / Getty Images, Album, © Ira Guldner / Gtresonline, © Matthias Kulka / Corbis / Cordon Press, © Condé Nast Archive / Corbis / Cordon Press, © Nimatallah - Akg-images - Album, Nasa - Getty Images, © A. M. Lagrange /EFE, © Fluidworkshop - Shutterstock, © JTB Photo / UIG via Getty Images)

Primera edición: septiembre de 2015

Depósito legal: B. 17.879-2015

ISBN: 978-84-08-14466-3

Preimpresión: gama, sl

Impresión: Unigraf, S. L.

Printed in Spain – Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

Índice

PRIMERA PARTE

| | |
|---|-----|
| 1. Enamorarse | 13 |
| 2. Baladas tristes y llantos contra la almohada | 15 |
| 3. ¿Y si no te hubiera conocido? | 25 |
| 4. La distancia es el recuerdo | 29 |
| 5. Manos suaves. | 33 |
| 6. Los ladrillos del mundo | 35 |
| 7. Cenas románticas | 41 |
| 8. Pestañas bariónicas | 45 |
| 9. Hacer las maletas | 51 |
| 10. ¿Qué nos está pasando? | 53 |
| 11. Vivir juntos | 59 |
| 12. Crecen los misterios. | 61 |
| 13. Cenas sin velas. | 67 |
| 14. Cosas que no sabemos | 69 |
| 15. La mujer más hermosa del mundo | 75 |
| 16. Certezas. | 79 |
| 17. Fuera de casa | 83 |
| 18. Misterios | 87 |
| 19. Amigos | 89 |
| 20. Beta Pictoris | 91 |
| 21. La claridad de lo oscuro | 95 |
| 22. El otro chico | 97 |
| 23. Cómo enamorarse de un universo rutinario | 101 |
| 24. Remordimientos | 105 |
| 25. La cena de Newton | 107 |

| | |
|---|-----|
| 26. Cuentos de hadas | 109 |
| 27. Regalos en las primeras citas | 111 |
| 28. Otros regalos. Otras primeras citas | 113 |
| 29. Coherencia | 117 |
| 30. El descubrimiento | 121 |

SEGUNDA PARTE

| | |
|---|-----|
| 1. Perder | 125 |
| 2. El día siguiente | 129 |
| 3. Mi universo, mi universo | 133 |
| 4. ¿Cómo podía ser yo feliz antes de conocerte? | 135 |
| 5. El cambio | 139 |
| 6. Amor, no hay quien te entienda | 143 |
| 7. Primera salida | 147 |
| 8. La cabeza de Newton | 149 |
| 9. El método | 155 |
| 10. Otra vida | 159 |
| 11. Ganar | 161 |
| <i>Agradecimientos</i> | 165 |
| <i>Índice analítico</i> | 167 |

CAPITULO I

Enamorarse

Por la noche, cuando el cielo está despejado, podemos ver muchas estrellas. El aspecto que ofrece el firmamento es extraño, pero al mismo tiempo nos resulta familiar. Es como si contemplásemos por primera vez una fotografía antigua de nuestro bisabuelo. Nunca vimos sus facciones, pero las reconocemos como nuestras.

Mirar esas luces también nos genera sensaciones contradictorias, de lejanía y proximidad. Algo nos dice que las llevamos íntimamente dentro, pese a hallarse a distancias que ni siquiera podemos imaginar. Esas temblorosas bolitas de fuego, esparcidas de modo aparentemente aleatorio, tienen un modo especial de hablarnos. Nos advierten que ellas son una cosa y nosotros otra, dejándonos claro desde las alturas que pertenecen a un orden de realidad distinto. Y a la vez, en voz baja y a modo de compensación, nos aseguran que somos exactamente lo mismo.

Este espectáculo nocturno propicia dos tipos de reflexiones. Unas tienen que ver con nuestra propia vida y, en general, suelen estar repletas de simpáticas tonterías. Repentinamente nos da por ser conscientes de lo pequeños que somos, como si tamaños y distancias importaran algo cuando lo que está en juego es nuestra felicidad o nuestra desdicha. Entonces nos volvemos paradójicos y lanzamos reflexiones humildes con la voz solemne, diciendo a quien tenemos al lado que somos muy pequeños comparados con «todo eso».

Pero también, en muy contadas ocasiones, nos da por intuir que allá arriba puede encontrarse el secreto para estar un

poco mejor aquí abajo. No sabemos muy bien cómo, ni por medio de qué extraños mecanismos, pero se nos hace evidente que si existiese un modo de estar alegres en el mundo, solo podemos conocerlo en su compañía.

Resulta fácil entonces caer en la trampa de la trascendencia y empezar a decir ambigüedades cursis sobre el poder mágico del cosmos en nuestras almas. Pero nada de eso es cierto. El universo, por sí mismo, poco puede hacer por nosotros. Desgraciadamente, las estrellas —a pesar de su belleza, de su frío misterio— son incapaces de echarnos un cable. Entonces, ¿cómo puede depender nuestra felicidad de la contemplación de esos astros?

La respuesta está en la ciencia. Observar la realidad con los ojos de un aficionado a la ciencia me ha procurado momentos de indiscutible alegría. Saber qué son las estrellas, qué secretos guardan, por qué están ahí pudiendo no estar, me ha hecho ver el mundo de otra manera. Las relaciones personales, las discusiones domésticas, las penas y también las alegrías de cada día cambian de manera sustancial. De repente, ya son otra cosa. Disponemos de un método para mirarlas de forma distinta, como si nos hubieran regalado unas potentes gafas o, mejor, como si hubiéramos dejado caer por fin un velo sucio que nos impedía ver las cosas con claridad.

Mirar el cielo estrellado con los ojos de la ciencia multiplica su hermosura, y esa belleza se filtra luego en todas partes; se cuele en nuestras botas y la llevamos a dondequiera que vayamos. El entusiasmo que la ciencia nos regala lo contagia todo. Solo hay que saber cómo hacerlo y el resultado está garantizado.

Enseguida vamos a ir viendo qué pasos seguir, pero por ahora será útil que nos alejemos de las estrellas, nos colemos en una habitación, y observemos detenidamente a un pobre chico que sufre.

CAPITULO 2

Baladas tristes y llantos contra la almohada

Un joven lo está pasando muy mal. Tumbado en la cama, boca abajo, solo puede emitir quejidos lastimeros. Lloro amargamente con la cara hundida entre dos almohadas. Una parte escondida de él disfruta haciendo eso, pero tiene tanta fe en su propia tragedia que ni siquiera es consciente del lado agradable que supone para la mayoría arrojar unos lagrimones. Desde fuera, eso sí, su actitud resulta perfectamente cómica.

Acaba de saber que su novia está enamorada de otro. Le ha dolido más de lo que suponía, y eso que el muchacho es de los que disfrutan imaginando demasiado. De hecho, esta situación la había visualizado centenares de veces durante los dos últimos años, colocando mentalmente innumerables detalles y barajando la posibilidad de infinidad de adversarios masculinos. Sea como sea, una vez convertida la pesadilla en realidad, la pena resulta inaguantable. «Son cosas que pasan», le dirán todos. Por mucha rabia que nos dé, las relaciones personales nunca son como queremos. Nada importa la cantidad de dulcísimos poemas que hayamos intercambiado durante el romance, ni el número de besos apasionados bajo los portales, ni nuestros felices paseos bajo la luz de la luna, o las veces que hayamos hablado, llenos de entusiasmo, de irnos a vivir juntos a una casita pequeña con enredaderas en la que envejecer hasta que nos llegue la muerte. En un momento, sin esperarlo, todo puede terminarse. Y el universo entero se hunde.

No sabemos cuánto tiempo permanecerá nuestro protagonista en esa posición, pero no parece tener prisa en modifi-

carla. Así se siente amparado por algo difuso, como si estuviera dentro de una cueva o abrazado todavía a su chica. La ligera presión que siente en el pecho, en contacto con la cama, le sirve de consuelo al imaginar que el colchón es el cuerpo de su amada.



Para hacer el autoespectáculo más triste, ha puesto una selección de baladas lánguidas en un tocadiscos antiguo. Ingenualmente siempre ha pensado que oír música en un vinilo resulta infinitamente más cautivador.

Sabemos que cuando alguien está así, ningún consejo del mundo parece tener eficacia. Suele decirse que solo hay que dejar pasar el tiempo, que el dolor es necesario y las cosas acabarán poniéndose en su sitio. Ciertamente es así, pero no se trata de la única actitud ante las desgracias amorosas. Existe otra posibilidad, y para entenderla hemos de fijarnos en una cualidad misteriosa que aparece sobre la superficie del disco que el doliente enamorado escucha entre sollozos.



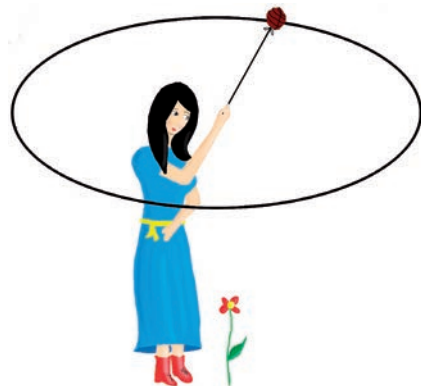
Si colocamos una canica sobre un disco que gira, veremos como empieza a escapar del centro. No podemos hacer nada para evitarlo. Cuando el aparato está parado, la bola no se mueve, pero al empezar a dar vueltas, se desplaza irremediablemente hacia un lado, saliendo despedida y yendo a parar al suelo.

Como sin duda ya sabes desde tu infancia, a esa tendencia de la canica a escapar del centro cuando gira el tocadiscos se la conoce como *fuerza centrífuga*.

Hasta aquí, todo es perfectamente razonable, pero cualquiera puede alegar que no todas las cosas que giran salen disparadas. Si, por ejemplo, atamos una cuerda a una piedra y la hacemos girar, ésta permanecerá orbitando nuestra mano hasta que nos cansemos.

Este hecho cotidiano, del que hemos sido testigos desde niños, revela una de las claves fundamentales para entender el funcionamiento a gran escala del cosmos y, de paso, ayudar a nuestro amigo a olvidar cuanto antes a su amada. Para ello, hemos de pensar un momento en la Luna.

Si nos fijamos, el movimiento lunar guarda ciertas similitudes con el de nuestro ejemplo. En ambos casos, algo gira en torno a algo; una piedra alrededor de una mano, o la



Luna en torno a la Tierra. Pero inmediatamente advertimos el problema.

Esa cuerda no existe. Nadie vio jamás alzarse una gigantesca mano unida a un grueso cordel desde algún punto del planeta. Si eso hubiera ocurrido, cualquier pensador antiguo habría tenido la razonable tentación de afirmar que la Luna está sujeta a nuestro mundo, motivo por el cual gira sin salir disparada jamás, como las piedras sujetas con cuerdas.



Pero como ese lugar no existe, tuvieron que pasar cientos de miles de días y noches hasta que un tipo especialmente inteligente llegó a la conclusión de que esa cuerda no tiene por qué existir para que la Luna esté impecablemente sujeta a nuestro mundo.

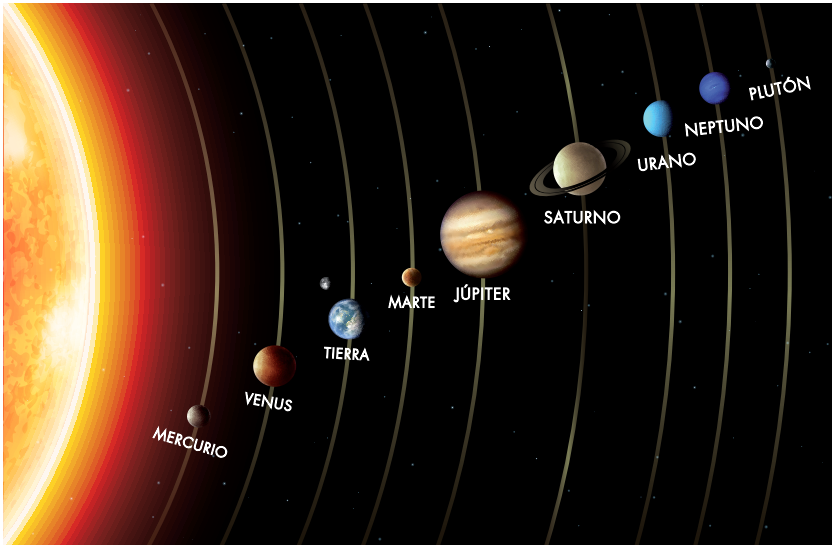
En el siglo XVII, cuando Europa estaba entretenida en absurdas guerras, nació en Inglaterra un niño tan diminuto que sus vecinos afirmaron que habría cabido perfectamente en una botella de litro. Nadie podía prever que aquel pequeñísimo ser humano iba a ser el responsable de encontrar la expli-

cación del movimiento orbital cósmico, ofreciendo así al mundo la clave para iniciar la mayor revolución científica de la historia. Se llamaba Isaac Newton y fue un tipo tímido, neurótico y temeroso de las opiniones ajenas. Pese a ello, consiguió dar respuestas claras a un buen puñado de problemas que habían traído de cabeza al ser humano desde que adquirimos la inquietante costumbre de preguntarnos acerca del funcionamiento de las cosas.



Newton es considerado por muchos como el hombre más inteligente que haya pisado alguna vez nuestro planeta. Al margen de lo escurridizo que resulta siempre colocar a alguien en un pódium, es evidente que la idea no es del todo descabellada.

A pesar de haber nacido en una familia acomodada, la vida de Newton no fue fácil. Su padre murió cuando aún faltaban un par de meses para que él naciera. Su madre, viuda joven, decidió casarse al poco tiempo con un tipo cuyo comportamiento no resultó ser especialmente comprensivo. Para compartir su vida con ella, el hombre puso como condición que el niño no formara parte de la nueva familia. Isaac debía marcharse lejos. «No pienso alimentar al hijo de otro», le dijo con estúpida convicción. Y la madre aceptó.



El pequeño Newton fue colocado como un mueble viejo en casa de su abuela, una mujer que tampoco destacó por su ternura. Continuamente le hacía notar al niño que molestaba, le hablaba mal, lo recriminaba por todo y le hacía sentirse un extraño en su propia casa. Isaac se retrajo, se encerró en sí mismo y empezó a desarrollar un carácter tímido y huraño. Incluso escribía en unos papeles, a escondidas, pensamientos oscuros en los que le deseaba la muerte a su madre y a su abuela.

Pero ninguna de las dos murió en aquel momento. Quien sí lo hizo fue el nuevo marido de su madre. La mujer, viuda por segunda vez, volvió a hacerse cargo de su hijo, si bien aquello no mejoró en absoluto la vida de Isaac, que ya contaba diez años.

Seguía siendo un niño no querido. En el colegio, sus amigos se burlaban de él, lo señalaban y era objeto de bromas crueles. Isaac reaccionó de una manera poco común: dedicó su infancia a inventar máquinas ingeniosas y a pensar obsesivamente en las matemáticas.

Cuando apenas tenía veintiún años, escribió en un cuaderno todos aquellos asuntos a cuyo estudio quería dedicar su vida. Son temas tan misteriosos como poéticos: la luz, el aire, el frío, los imanes, la caída de los cuerpos, el hermoso movimiento del mar o la maravilla de los colores. A esa colección de asuntos, casi cincuenta, él la llamó *cuestiones*. Y a ellas dedicaría su larguísima vida.

Fue un tipo extraño hasta su muerte, algo que no resulta difícil de entender si tenemos en cuenta la dureza de sus primeros años. Su inseguridad era radical. Nada podía impedir que le asaltaran las dudas antes de publicar sus hallazgos, porque le aterraba el juicio negativo que pudiera recibir de los demás. Por ese motivo tardó casi veinte años en dar a conocer el descubrimiento por el que es universalmente conocido, aquel que tiene que ver con nuestra cuerda atada a la piedra.

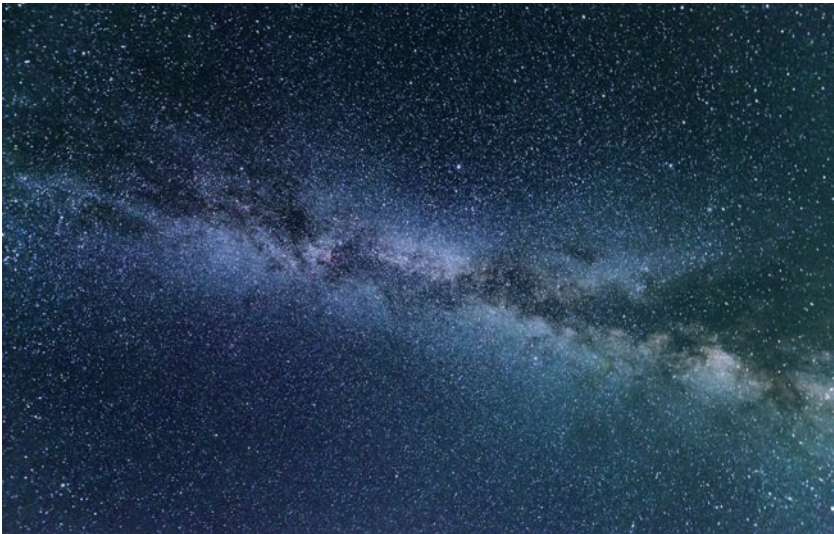
Y es que, como ya habréis adivinado, la cuerda de nuestro ejemplo se convierte en la metáfora de algo muchísimo mayor: la fuerza de atracción gravitatoria. Del mismo modo que la cuerda mantiene a la piedra en su movimiento circular, la fuerza gravitatoria preserva la rotación lunar. La gravedad es una cuerda invisible que sujeta las cosas.

En este punto, es posible que te sientas algo confuso. Después de todo, estábamos intentando encontrar un consuelo para el pobre chico abandonado. ¿Qué puede tener que ver

la fuerza de la gravedad con la pena inmensa que siente nuestro muchacho?

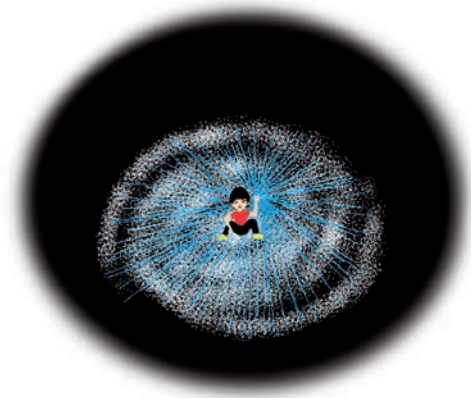
Aún es pronto para responder a esta cuestión. Acabamos de empezar, pero te doy mi palabra de que al final las cosas terminarán cuadrando.

La explicación del fenómeno Tierra-Luna fue hábilmente aplicada a otros planetas. Si una cuerda invisible llamada gravedad mantenía atado a nuestro satélite, no había razón para no pensar que existiera otra que conectara la Tierra con el Sol. Y lo mismo podría aplicarse al resto de los planetas. Y, ya puestos, a la totalidad del universo.



En la imagen podemos ver la Vía Láctea, nuestra región del cosmos. Doscientos mil millones de soles giran alrededor del centro galáctico, obedeciendo a las leyes del movimiento que descubrió Isaac Newton. Si nos ponemos tontamente metafóricos, podemos decir que doscientos mil millones de cuerdas invisibles son agarradas por la mano de un niño pequeño en el centro galáctico. Pero si somos precisos, escribire-

mos simplemente que la fuerza de atracción gravitatoria mantiene la galaxia unida en movimiento circular.



Y ahora sí, volvamos a la habitación de nuestro apenado protagonista.